

**FERNANDO  
SÁENZ RIDRUEJO**

El horroroso incendio de las tierras de Molina de Aragón, que se suma a otros no tan traumáticos, pero también muy graves, en Zamora o Cáceres, nos tiene que hacer pensar qué se está haciendo mal en el cuidado de nuestros montes. Y lo tenemos que pensar al margen de los debates políticos, que se centran en hechos muy concretos y se sustentan siempre en función de la aritmética parlamentaria, y con independencia de las resoluciones judiciales, relegadas siempre *ad calendas graecas* y de escasa aplicación práctica. Los Reales decretos de urgencia sirven para poner parches sobre hechos ya consumados y, todo lo más, para dar a los damnificados unas ayudas, que suelen ser cicateras y casi siempre supeditadas al cumplimiento de pesados trámites burocráticos.

Es evidente que hoy día, para hacer frente a los incendios, contamos con más y mejores medios que hace treinta años. Pero nuestra actual ordenación territorial nos hace más vulnerables. Por una parte, la mayoría de los montes han perdido valor económico, los pinos no se resinan, la leña no se recoge y la población interesada en la conservación de los

## INGENIERÍA

bosques ya no vive sobre el terreno. Por otra, en cambio, son muchos más los intrusos que invaden el monte todos los fines de semana y los domingueros que vivaquean a sus anchas, sin que los agentes forestales gocen ya de la autoridad y el respaldo de que en tiempos gozaron. Las competencias se han atomizado, repartidas entre diecisiete regiones distintas y no resulta ni posible ni racional que las autonomías pequeñas dispongan de todos los equipos necesarios. Se ha repetido hasta la saciedad que los incendios de verano se apagan en el invierno anterior; pero tampoco basta con esos trabajos de invierno, si no cuentan con más medios económicos, con más efectivos humanos y con mucho más interés por parte de la olvidadiza clase política.

El problema es de ordenación del territorio y los incendios forestales son sólo una de sus facetas. Estamos oyendo cada día las reivindicaciones de las “comunidades históricas” y cada día aparece una deuda histórica, con Andalucía, con Cataluña, con el País Vasco, por supuesto. Ahora, al parecer, también se reclaman, por no sé bien por qué concepto, 26.000 millones de euros para Galicia. La verdadera deuda histórica que España tiene es con las provincias pobres del interior, que se despoblaron en los años sesenta y setenta para alimentar el crecimiento económico de las, ahora ricas, de la periferia.

Tenemos una deuda con Cáceres, Zamora y otras provincias del oeste y la tenemos, sobre todo, con esas tierras altas de Guadalajara, de Cuenca, de Soria y de Teruel, que flanquean la cordillera ibérica. Son, en frase de Ortega, “los hombros de un gigante”, “las tierras que el Cid cabalgó”, y constituyen la verdadera espina dorsal de la península. Ahora están abandonadas y envejecidas, en manos de todos los predadores que saquean los tesoros artísticos y degradan los recursos de sus montes y no tienen gentes ni para acudir en socorro de los forasteros que cada fin de semana se matan en sus carreteras. Sus necesidades son proporcionales a la extensión de sus territorios; pero ningún partido atenderá nunca las peticiones de sus pobladores porque estas

gentes aportan muy pocos votos, nunca reivindican nada y no exhiben otro nacionalismo distinto del español. Esas gentes están llegando al extremo de celebrar de tapadillo las conmemoraciones de sus santos y de sus héroes, para no ofender los sentimientos de las regiones periféricas.

### *El enlace Rion-Antirrion*

La Institution of Civil Engineers ha homenajeado, hace bien poco, al puente Rion-Antirrion que, cruzando el golfo de Lepanto, une la Grecia exterior con el Peloponeso. Es, desde luego, una obra importante; pero quien esto escribe no puede limitarse a hacer una crónica aséptica, diciendo cuántos metros tiene el puente, cuánto ha costado y cuántos vehículos se espera que lo crucen diariamente. Para dar una leve idea de lo que este enlace significa tiene que remontarse a vivencias personales de hace 35 años, que son muchos para el ritmo de vida actual; pero muy pocos cuando se contemplan los vestigios de la Grecia clásica sobre los que esa vida se ha desarrollado.

En los primeros días de la primavera de 1970, después de una delirante travesía por caminos de montaña cubiertos de nieve, pasando, entre controles militares, desde la Tesalía al Épiro, llegué a la ciudad de Ioanina, que celebraba, con solemnidad desusada, la Pascua ortodoxa. En la noche del sábado al

domingo, una multitud enfervorizada bajaba del monte con velas encendidas y, al frente de todos, un hombre que se adelantaba al pueblo para dar la buena noticia, nos gritó con la emoción de quien acaba de verlo con sus propios ojos: "Cristo ha resucitado".

Como contraste, en los días siguientes, recuerdo la suprema belleza de las ruinas del santuario de Dodona, solitarias en medio de unas praderas de un verde verdecido, que hubiera encantado a Gerardo Diego. Recuerdo haber explorado, con la sensación de ser el primero en muchos siglos, los acueductos del Luros y el túnel que llevaba agua a Nicópolis. Al final, en una noche sin luna, con los faros apagados para ahorrar gasolina, porque no había gasolineras, entré de improviso en el ferry de Antirrion que, atracado en un muelle rudimentario, esperaba la llegada de algún cliente para zarpar. Y después, dando mil tumbos, de Rion a Patras y de Patras a Atenas.

Grecia ha sido, históricamente, una nación marítima y sus habitantes sólo se comunicaban por barco. El interior era poco conocido y permanecía en el reino de los mitos; se suponía que en el Olimpo habitaban los dioses, pero nadie subía a comprobarlo. A mediados del pasado siglo, existía una carretera de Atenas a Tesalónica, otra que, atravesando el canal de Corinto, se adentraba en el Peloponeso y poco más; el resto de los caminos eran auténticos

caminos de cabras. Obras como el enlace Rion-Antirrion han cambiado, por fuerza, el equilibrio en que durante siglos han vivido unos territorios casi aislados.

Dicho esto, podemos referirnos al gran puente atirantado de 2.252 m de longitud, que ahora salva el estrecho. En su página web se puede seguir, paso a paso, la construcción. Se trata allí de las dificultades geotécnicas de un terreno que, hasta más de 100 m de profundidad, no llega a roca firme y de los terremotos que asolan esa zona de alta sismicidad. Se informa de la magnificencia de los cuatro grandes mástiles de 220 m de altura que, para permitir el paso de los navíos, sustentan el tablero a 50 m sobre el mar. Por supuesto, se pueden ver múltiples fotos de la estructura, con sus cuatro haces de cables que descienden desde las pilas. Tal vez a los especialistas les parezca estupenda la estructura y les encanten las fotos en que el paisaje de las orillas sirve de fondo al puente; pero, a quienes recuerden la serena belleza del golfo, que durante 3.000 años había permanecido intacto, les parecerá un sacrilegio. Pensarán que se ha profanado ese mar que "en sus olas de plata y espuma —como dijo el poeta—, guarda aún la huella que el barco de Éneas trazó con su quilla".

Ahora, muchos miles de turistas podrán acudir desde Atenas, en pocas horas, para contemplar la Semana Santa en Ioanina

y para ver amanecer en Dodona; pero lo que verán ya no se parecerá a lo que, hace sólo 35 años, vivíamos y sentíamos. A buen seguro, para satisfacer las necesidades de esos turistas, loanina estará ya repleta de hamburgueserías cuyo logotipo campará sobre las ruinas sagradas de Dodona. Los turistas, llegados en autobús a través del puente Rion-Antirion, se retratarán unos a otros, mientras retratan unas piedras que, como las de la Acrópolis de Atenas, como las del cabo Sunion, no les dirán casi nada. Les dirán, a lo sumo, las cuatro banalidades que el guía quiera explicarles, mientras espera a que el grupo anterior abandone esa tienda de souvenirs en la que tiene concertada una comisión del 15 % sobre el importe de las compras.

### *La técnica es inocente ¿o no?*

Cuando con una prisa enorme —estas cosas siempre pasan cuando más prisa tiene uno— intento archivar un correo electrónico, se queda el ordenador bloqueado y aparece en la pantalla el siguiente letrero:

“Un identificador nulo de contexto se pasó del cliente al host durante una llamada a procedimiento remoto”.

Pierdo toda la prisa y me entrego al reto de averiguar qué diablo habrán querido decir el norteamericano que lo escribió y el analfabeto que supuestamente lo

tradujo. Los informáticos consultados encuentran el mensaje normal, aunque no sepan explicarlo con exactitud. Ha ocurrido una incidencia, dicen, y con eso se quedan tranquilos.

*Host* es voz inglesa que significa mesonero, huésped, anfitrión, hueste y hostia. El traductor, en la duda de si el identificador nulo se pasó al mesonero, a la hueste o a la hostia, ha preferido dejar la palabreja tal cual. Es una táctica que ya describió Javier Marías en un artículo memorable, sobre los traductores que padecemos.

Pero lo grave del asunto, con ser muy grave que a través de los ordenadores y de los móviles se destroce, y nos acostumbren a destrozar, el idioma, es que estos avisos no solicitados son la punta del iceberg de la irrupción en nuestras vidas de agentes varios que, además de obsequiarnos con estúpidos mensajes automáticos, entran en nuestros programas, captan nuestros escritos, los transcriben y, si llega el caso, los usan en nuestra contra, sometiéndonos a una forma subrepticia de esclavitud.

Hace ya casi medio siglo tuve como profesor a un sabio jesuita gerundense, Alberto Dou, catedrático de matemáticas en la Complutense, que fue, más tarde, rector de Deusto y catedrático en Barcelona y que ahora, con noventa años a sus espaldas, vive, jovial y jubilado, en Sant Cugat del Vallés. Fue la primera persona a la que oí hablar

de ordenadores —computadores decíamos entonces— y aunque no recuerde nada de sus explicaciones, todavía tengo en los oídos su voz cantarina de catalán de Olot, al que de sus estudios en Heidelberg le había quedado un fuerte acento germánico, sólo mitigado por los giros latinos adquiridos en diez años de noviciado y teología.

Fundamos por entonces una revista estudiantil y Dou quiso colaborar en el primer número con un artículo que afirmaba, ya desde su título, que “la técnica es inocente”. Luego ha sido ésta una cuestión recurrente en el pensamiento de un Dou preocupado por los problemas éticos. Al final, siempre acaba absolviendo a la técnica de los pecados de los que con tan escaso sentido la usan. Cada vez comparto menos el optimismo existencial del anciano profesor. La técnica no es nada, una herramienta a lo sumo; pero quienes la personifican, los técnicos, son cooperadores necesarios en las injurias que mediante esa herramienta se infringe a diario al medio ambiente, a la privacidad de las personas e, incluso, al diccionario. Como diría Thomas de Quincey, se empieza provocando una catástrofe ecológica y se acaba afirmando, impunemente, que “un identificador nulo de contexto se pasó del cliente al host durante una llamada a procedimiento remoto”.

## **Sostenibilidad ambiental**

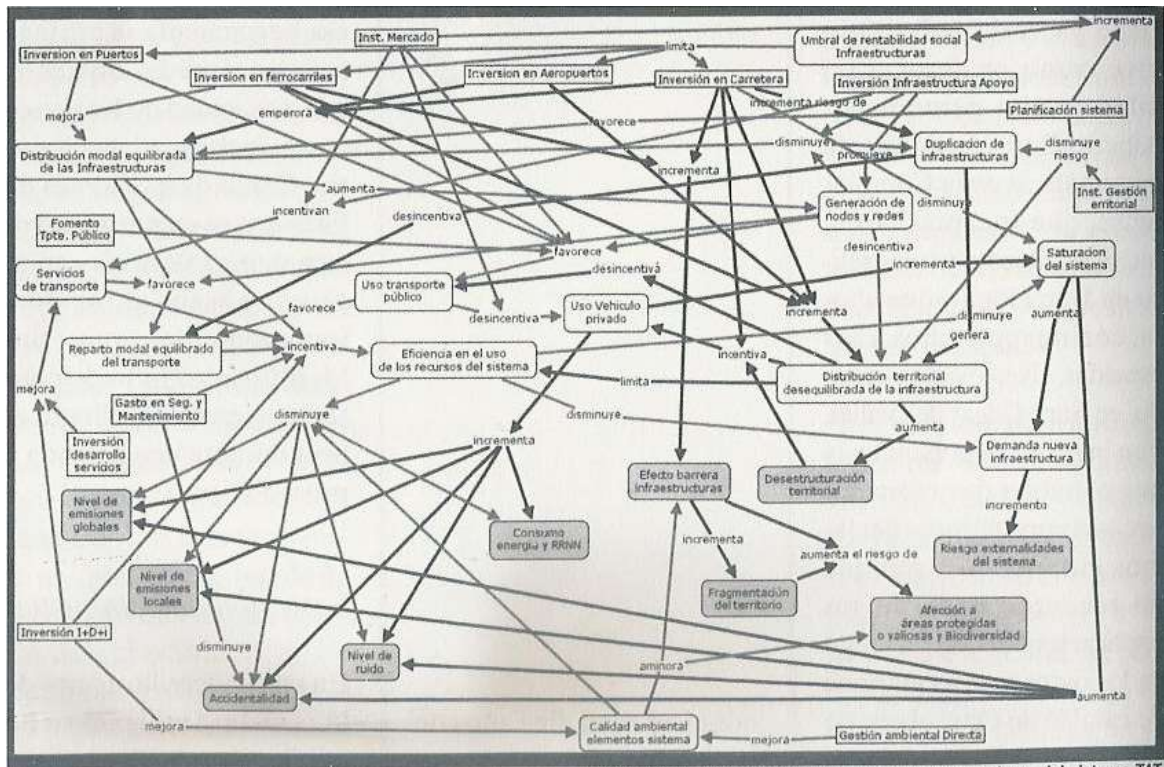
En un cuadernillo aparte de la revista *Ambienta* se ha publicado una “Síntesis del Informe de Sostenibilidad Ambiental del Plan Estratégico de Infraestructuras y Transporte”. Ni que decir tiene que se trata de un documento de capital importancia para la futura tramitación del Plan.

El Informe de Sostenibilidad Ambiental (en lo sucesivo ISA) del Plan Estratégico de Infraestructuras y Transporte (PEIT) es un trabajo muy concienzudo que, mediante el desarrollo de un tipo de representación del sistema y sus relaciones causales denominado “sistema transporte-medio ambiente-territorio (TAT)” se basa en la modelización conceptual de las relaciones funcionales entre tres tipos de componentes y factores: instrumentos, elementos e implicaciones. Quizás la parte más esclarecedora del estudio es el *Diagnóstico de la situación actual*, que llega a conclusiones de tanto calado como que “se trata de un sistema que no cuenta con elementos endógenamente retroalimentados para la mejora de su eficiencia y que tiene prácticamente inhibidos todos los posibles mecanismos compensadores de su deriva ambiental negativa”.

Por si el lector no ha entendido bien el párrafo anterior, y dado que una imagen vale más que cien palabras, a continuación reproducimos el “Grafo sinóptico relaciones

reforzadoras y compensadoras del sistema TAT”, que permite formarse una rápida idea de la sugestiva metodología empleada.

En casos como éste hay que recordar aquella frase atribuida a Eugenio D’Ors: “¿Está claro, no?, pues oscurezcámoslo”.



Grafo sinóptico relaciones reforzadoras y compensadoras del sistema TAT